

Ni hablar: miente Calderón o miente la maestra. ¿O será que mienten ambos?



## La CNDH se quedó corta sobre Atenco: víctimas y familiares

■ La recomendación “no nos llena”, le dicen a Soberanes

■ El ombudsman llama a autoridades a no caer en la mentira ni proteger a culpables

VICTOR BALLINAS Y ISRAEL DAVILA ■ 14 y 15

## Sin ganador, la pugna entre EU y Venezuela por un puesto en la ONU

DAVID BROOKS, CORRESPONSAL ■ 35

### columnas

ASTILLERO • JULIO HERNÁNDEZ LÓPEZ	4
DINERO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	6
MEXICO SA • CARLOS FERNÁNDEZ-VEGA	32
ITACATE • C. BARRIOS Y M. BUENROSTRO	6a

### opinión

JOSÉ BLANCO	24
MARCO RASCÓN	24
LUIS HERNÁNDEZ NAVARRO	25
GUSTAVO GORDILLO	25
PEDRO MIGUEL	36
ROBERT FISK	37
JAVIER FLORES	3a
TERESA DEL CONDE	6a

**ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT**

**MITO Y REALIDAD DEL MODELO SUECO**

■ 30 y 31

## VIENTOS ACLARADORES



El Distrito Federal tuvo ayer una deliciosa transparencia. La imagen se tomó desde el Castillo de Chapultepec ■ Roberto García Ortiz

# Hannah Arendt en su centenario

■ JOSÉ MARÍA PÉREZ GAY/I

“Soy judía, nunca lo he negado: es la raíz más poderosa de mi vida”, expresaba la escritora

A principios de noviembre de 1966, el profesor Jacob Taubes, ex adjunto de Gershom Scholem en la Universidad de Jerusalén y por ese entonces director del Instituto de Filosofía de la Universidad Libre de Berlín, invitó a sus alumnos a una conversación pública con Hannah Arendt. Nos dimos cita a las seis de la tarde y abarrotamos el auditorio; muchos compañeros llegaron después, burlaron el control de la entrada, se sentaron en los pasillos, en las escaleras, en las repisas de los ventanales y el aire se volvió poco a poco irrespirable. Antes del anochecer una mujer de pelo negro, robusta, 60 años cumplidos, apareció en la tarima, sentada a un lado del profesor Taubes, fumando

un cigarrillo tras otro, en cadena –dos cajetillas de Pall Mall sobre el escritorio–, hablando un alemán impecable y sin acento, *wie gedrückt*, como se dice, listo para la imprenta. Hannah Arendt tenía la cara afilada, nariz aguileña y rasgos muy marcados; ojos oscuros, singularmente vivos, y un aire de venir del otro lado de la realidad. Vestía un traje sastre oscuro, un collar de cuentas de colores y cuando apagaba el cigarrillo se quitaba y se ponía los anteojos sin pausa. Hablaba de Alemania como de una patria perdida, de los primeros años del exilio y de Estados Unidos, su nuevo país, de la ad-

miración irrestricta por la democracia estadounidense.

“No hay remedio –nos dijo–, soy alemana hasta la raíz. Siempre seré la joven que venía de lejos, como en el poema de Friedrich Schiller. Un poco menos extranjera en Alemania que en Estados Unidos. A veces me lo oculto a mí misma: soy estadounidense de todo corazón político, pero mi memoria y mi lengua materna serán siempre alemanas.” Luego nos confesó uno de sus más secretos anhelos: recorrer otra vez la avenida Lichtenthaler Alle, en la lejána Königsberg, la ciudad donde había nacido Kant y en la que Hannah Arendt pasó su

infancia y adolescencia. Al invadir la Unión Soviética Prusia oriental, en 1946, el puerto de Königsberg, a orillas del mar Báltico, cambió de nombre; ahora se llama Kaliningrado, nombre de un desconocido presidente soviético.

A PAGINA 50



La ensayista política, en 1933 ■ Tomada del libro *Hannah Arendt, For love of the world*